

Libros que cuentan

Julio Iturri

Dicen que en el mundo hay -con perdón- dos clases de gilipollas: los que prestan libros y quienes los devuelven. Me he visto en repetidas ocasiones incluido entre ambos, aunque muy a mi pesar y jurando siempre que era la última vez que dejaba un libro sabiendo positivamente que ello suponía olvidarme del ejemplar o que no volvería a reintegrárselo a algún dueño que ni lo había leído, ni tenía intención, ni lo echaba de menos desde que lo prestó. Y es que la posesión de los libros -uno de los pocos bienes en los que creo justificado el iusnaturalismo de la propiedad privada- significa tener en casa estanterías vivas que cuentan -en el sentido de narrar - multitud de historias. Reconozco que esta manía sería la ruina de las bibliotecas, aunque los estamentos públicos se dedican más a contar -en el sentido de numerar - libros que a narrar sus misterios. En plena campaña institucional para promocionar la lectura entre los gasteiztarras, nuestra concejala del ramo, Encina Serrano, se ha dedicado a contar el número de usuarios -una práctica recurrente cuando habla de actividades culturales- de la red municipal de bibliotecas, así como las unidades que se prestan: más de 140.000. Eso sí, se les llama documentos, porque no todo son libros; la cantidad está adulterada con soportes sonoros y audiovisuales. No sabemos qué narran, pero sí tenemos una completa estadística de usuarios por grupos de sexo y edad. Confío en que entre todos no maten a Gutenberg, liquiden la magia del papel o desdeñen el cuidado y cariño con el que se guardan los libros en las estanterías hogareñas.